

Michael Domjan – Honoris Causa

Hola, amigos y colegas. Muchas gracias por concederme el título de Doctor Honoris Causa de la Fundación Universitaria Konrad Lorenz. He estado activo en la investigación sobre el condicionamiento y el aprendizaje durante mucho tiempo, 55 años para ser exactos. A lo largo de esa extensa carrera, he recibido muchas formas de reconocimiento y varios premios importantes. Pero ninguno es más significativo, ni significará más para mí en lo personal, que este doctorado honorífico.

Estoy especialmente agradecido por haber sido nombrado Doctor Honoris Causa aquí, en la Fundación Universitaria Konrad Lorenz, porque esta universidad lleva el nombre del pionero etólogo Konrad Lorenz. Uno de los temas centrales de mi investigación ha sido precisamente el esfuerzo por integrar el estudio del condicionamiento y el aprendizaje con el campo de la etología. Este título que ustedes me otorgan hoy reconoce la relevancia de mi investigación desde un enfoque etológico para el estudio del aprendizaje. Me alegra mucho que hayan valorado la importancia de este trabajo y que me hayan elegido para recibir este reconocimiento.

Si me hubieran pedido ayuda para decidir quién merece este honor por parte de su prestigiosa institución, habría sugerido a varias otras personas. Nunca se me habría ocurrido que yo mismo lo recibiría. Me siento honrado y agradecido de que me hayan considerado digno de este gran reconocimiento. Muchas gracias.

También quiero expresar un agradecimiento especial al Doctor Aldo Hernández Barrios, Rector de la Fundación Universitaria Konrad Lorenz; a Sonia Fajardo Forero, Presidenta de la Fundación; y a la doctora Vanessa Sánchez Mendoza, Vicerrectora Académica.

Es maravilloso estar aquí, entre colegas y amigos, tanto nuevos como antiguos. Esta es mi tercera visita a la Fundación Universitaria Konrad Lorenz. Cada vez que he venido, me ha impresionado el crecimiento y desarrollo de la Universidad, la cálida hospitalidad de todos los estudiantes y profesores, y el entusiasmo y compromiso de todos los que hacen parte de esta comunidad. Este es un lugar extraordinario y un entorno maravilloso para el crecimiento profesional y personal.

Siempre recordaré este día como uno de los momentos más importantes de mi vida. Como ha sucedido con muchos de los grandes acontecimientos en mi historia, este también fue inesperado, no resultado de un plan a largo plazo. No trabajé todos estos años con la meta de recibir un doctorado honorífico. Organizar la vida con ese tipo de objetivos seguramente lleva a la decepción. Yo organicé mi vida alrededor del propósito de hacer

contribuciones significativas a la ciencia y de avanzar el conocimiento lo mejor que pudiera. Lo que ocurrió en el camino dependió de mis esfuerzos, pero también de muchos eventos importantes que estuvieron fuera de mi control.

Hoy me considero un científico, un educador y un músico. Si me pidieran que los enumerara por orden de importancia relativa, lo haría así: científico, educador y músico. Pero ese no fue el orden en que desarrollé mi experiencia en estas áreas. Tampoco es como me percibí durante la mayor parte de mi vida adulta. De hecho, fue solo en años recientes que empecé a considerar mis aportes como profesor como uno de mis principales legados. Nunca fue mi intención convertirme en un educador destacado. Ese legado simplemente se fue formando, casi como por casualidad.

Nací en Budapest, Hungría. Todos los parientes por parte de mi padre murieron durante la Segunda Guerra Mundial. Lo mismo ocurrió con primos, tíos y tías del lado materno, aunque sí llegué a conocer a mis abuelos maternos. Mi abuelo era un hombre amable y tranquilo, y le encantaba tocar el violín. Después de que nacimos mis hermanos y yo, él se enorgullecía de enseñarnos a tocar el instrumento. En ese entonces, Hungría estaba bajo régimen comunista, dentro de la esfera de influencia soviética que abarcaba buena parte de Europa del Este. Había mucha tensión política, y en 1956 los húngaros se rebelaron contra la dominación soviética. La revolución fue exitosa, pero solo duró un par de semanas. Luego llegaron los tanques rusos a Budapest, y la revolución fue aplastada. En medio de ese caos, mis padres decidieron que debíamos salir del país. Yo tenía nueve años. Me dijeron que nos íbamos de casa y que tal vez nunca volveríamos, pero que podía llevar lo que cupiera en mi mochila. Mi hermano y yo decidimos llevar nuestros violines. Mi hermana dejó el suyo.

Terminamos en Austria y luego en Suiza. Después recibimos permiso para entrar a Estados Unidos y nos mudamos a un apartamento en la ciudad de Nueva York. Yo no hablaba inglés. Muchos de mis compañeros de escuela eran de Puerto Rico y tampoco hablaban inglés. Si hubiera aprendido español de ellos, hoy podría dar este discurso en español. Pero en ese momento estaba más enfocado en aprender inglés.

Un día, viajando en bus por Nueva York, mi madre miró por la ventana y vio un edificio que decía “Juilliard School of Music”. Se bajó del bus y preguntó si sus hijos podían tomar clases de música allí. Tras una breve audición, mi hermano y yo ingresamos a la división preparatoria de Juilliard, sin saber que era uno de los conservatorios más prestigiosos del mundo. Pasamos seis años allí. Aprendimos mucho, pero ninguno de los dos terminó siendo músico profesional. Nuestros padres eran artistas y les preocupaba que era muy difícil ganarse la vida como músico. Así que, teniendo eso en cuenta, yo me convertí en psicólogo experimental y mi hermano en médico.

Mi decisión de elegir la psicología sobre la música llegó en el penúltimo año de secundaria. Me enfrenté a dos oportunidades increíbles. Una era una beca para asistir al Festival de Música Marlboro en Vermont, dirigido por algunos de los mejores músicos del mundo, incluyendo a Pablo Casals. La otra era asistir al Behavior Science Institute, una introducción al análisis experimental del comportamiento. El Instituto contaba con conferencistas invitados como Murray Sidman, Nathan Azrin y Jack Michael. Ellos también eran lo mejor de lo mejor, pero en el campo del conductismo skinneriano, no en la música clásica. Elegí el Instituto de Ciencias del Comportamiento, y esa decisión fue la que me encaminó a convertirme en el científico y educador que soy hoy.